

Las posibilidades de la cultura japonesa

Yoshio Masuda

Desde el ángulo de la historia mundial, Japón, así como China, tiene una existencia singular; ambos han vivido durante mucho tiempo como pueblos unificados en un territorio unificado; además, han mantenido durante todo este intervalo un nivel cultural relativamente alto. Por contraste, las civilizaciones que surgieron en Asia Occidental se desarrollaron al cambiar sus núcleos incesantemente hacia el occidente: salieron del mundo mediterráneo hacia el mundo germánico hasta formar la moderna cultura europea. En el transcurso, toda clase de territorios se convirtieron en escenarios de su desarrollo histórico, y aparecieron muchos pueblos que, uno tras otro, se volvieron los actores principales de sus respectivas épocas. Al contrario, por mucho tiempo, el mundo del este de Asia ocupó un territorio separado por altas sierras, altiplanicies y desiertos de las regiones del desarrollo de las altas culturas antiguas; ahí, en relativo aislamiento, formó un área cultural autónoma. En su ámbito también hubo auge y decadencia de muchos pueblos y naciones, pero por lo común el desarrollo cultural arrancó del núcleo de la cultura china, y desde épocas antiguas el orden político también se formó tomando a China como centro.

Dentro de este universo del este de Asia, la cultura japonesa, que recibía fuertes influencias de la China, alcanzó durante largas etapas un desarrollo *sui generis*; gozaba por su situación de una protección mayor que otros países de esa zona. Este, llamémoslo, múltiple aislamiento, influyó fundamentalmente en la formación del carácter cultural japonés.

No obstante, las condiciones de separación de la cultura japonesa variaron durante el transcurso histórico. El Japón de hecho nunca cayó bajo el control político de China, contrariamente a los pueblos de la península coreana o de la Indochina. En esto se benefició de su condición de país isleño. Sin embargo, existen diferencias entre las diversas épocas: relaciones intensas con China en un principio, como podemos observar en la *Historia de la dinastía Jan posterior (Jou Jan Shu)* cuando el "País Esclavo de Wa" mandó tributo al emperador Guang Wu-di, así como Jimiko, del país de Yamatai, lo mandó al emperador Ming de la Dinastía Wei; y relaciones relativamente tenues, como sucedió después de la abolición de las embajadas de la dinastía Tang a la China. Además podemos distinguir entre periodos en que las relaciones ocurrieron principalmente en el ámbito público, y otros en que se limitaron a individuos: obviamente estas particularidades influyeron significativamente en la formación de la cultura japonesa de cada época.

Cabe decir que las relaciones culturales chino-japonesas tenían como trasfondo el mencionado relativo aislamiento del este de Asia. Se debe enfatizar que frente a la China cualquier distanciamiento cultural japonés siempre fue cuantitativo y nunca cualitativo. El viraje cualitativo ocurrió sólo cuando se destruyó el relativo aislamiento del universo del este de Asia, concretamente hacia la mitad del siglo XVI. Cuando los complejos mercantiles euro-



* Este artículo reúne los aspectos centrales de varias conferencias impartidas por el autor, en noviembre de 1971, en la Facultad de Filosofía y Letras, bajo los auspicios de la División de Estudios Superiores y el Centro de Estudios Orientales



peos, junto con sus organizaciones militares y sistemas misionales invadieron la región por primera vez, Japón también entró en contacto con ellos y recibió su impacto. También en esa ocasión Japón, por razones geográficas entre otras, escapó de convertirse en territorio colonizado, como ocurrió con la costa de Malabar de la India, Malaka, las Filipinas y las Molucas. Pero, en el fondo, el aislamiento cultural japonés ya se había convertido en algo diferente de lo que había sido hasta el siglo XV; después del siglo XVIII, la influencia de la cultura europea continuó sin interrupción durante la llamada "Política de Aislamiento" (*Sakoku seisaku*), aun después de que se interrumpieron las relaciones políticas con los países europeos, excepto Holanda. Subsecuentemente, después de la Revolución Industrial, en el siglo XIX los poderes occidentales forzaron otra vez la apertura del país (*Kaikoku*). Japón, que por una parte había logrado conservar su independencia como uno de los pocos países asiáticos no colonizados, ahora estaba destinado a encontrarse bajo la aplastante influencia cultural europea.

Visto de esta manera, se comprende que las condiciones básicas de la cultura japonesa son completamente diferentes antes y después de que se rompiera el aislamiento del este de Asia. Antes del siglo XVI la cultura japonesa existió dentro de un aislamiento doble; después del siglo XVI, por contraste, la misma cultura, al desgarrarse el aislamiento del este de Asia, se incorporó cada vez más al orden mundial forjado con Europa como centro; apenas podía conservarse relativamente separada gracias a lo remoto de su geografía y su independencia. Tomando, pues, como linde el siglo XVI, tenemos que concebir la cultura japonesa como dividida en dos grandes épocas.

Al tratar de explicar cómo Japón pudo mantener el compás de su desarrollo cultural y su peculiar individualidad hasta el siglo XVI, se pueden establecer las siguientes características para la cultura japonesa de aquellas épocas.

Civilización tardía y rápida

En las épocas prehistóricas del Japón, la aparición de cerámica es extremadamente temprana. Sin embargo, la época de los recolectores y cazadores perduró considerable tiempo, y dentro del contexto mundial el surgimiento de la agricultura, que ocurre en la Época Yayoi (siglo III a.C.) es extremadamente tardío.

En Japón el atraso del surgimiento de la agricultura intensiva está condicionada por la tardanza en los principios de la civilización agrícola en el este de Asia. Es decir, por su aislamiento, la región recibió tarde las influencias de la cultura agrícola de Asia occidental y, por lo menos hasta donde se sabe, la primera cultura neolítica surge alrededor de 2 200 a.C., en la región central del Río Amarillo (*Juang-Jo*). En el siglo XV a.C., la dinastía Yin se establece sobre esta base.

Dentro del Este de Asia, al recibir China los estímulos del surgimiento de la agricultura y civilización, de hecho Indochina y la península coreana se abren brecha hacia la civilización. Por estos vínculos, antes del principio de la cuenta del calendario occidental, Japón sale de la época de los recolectores y cazadores y empieza la etapa hacia una nueva cultura. De esta manera, en cuanto al surgimiento de civilización y agricultura, aun dentro de las sociedades aisladas del este de Asia de la época antigua, el archipiélago japonés ocupaba una posición todavía más marginal y sorprendentemente retardada.

A pesar de eso, una vez que se introdujo la agricultura intensiva, la formación de la civilización japonesa ocurrió con celeridad. Coetáneamente, en la misma época de la cultura Yayoi, empezaron ya los usos y la aplicación de instrumentos metálicos de hierro y bronce, y se extendió el cultivo del arroz en parcelas irrigadas. Subsecuentemente, durante unos 500 años, continuó la diferenciación de las clases sociales y, desde mitad del siglo III, comenzó la construcción de gigantescas tumbas. Hacia la mitad del siglo IV, en la llamada "Época de las Tumbas" (*Kofundydai*) se había establecido el primer imperio que tomó como centro la provincia de Yamato. Luego, antes de fines del siglo VI, se arraigó entre las clases dirigentes la cultura budista, con los estudios y conocimientos relacionados con ella. En Asia occidental, en cambio, el mismo proceso lleva unos 5 500 años, y aun en una situación excéntrica, como la de las Islas Británicas, alcanza 4 000 años.

Condiciones ecológicas

Puede considerarse un hecho fundamental que en Japón prevalecían condiciones ecológicas excepcionales. Cuando el país, cerca del siglo III a. C. aceptó la agricultura intensiva, de hecho ya había alcanzado un relativamente alto nivel cultural que hizo posible tal aceptación. Tal vez se debió a que, por ser sus regiones mucho más abundantes y favorecidas con recursos naturales vegetales y animales, la economía de los recolectores y cazadores japoneses dentro de la escala mundial, había sido de un sorprendentemente alto nivel si lo comparamos con otras regiones. Desde temprano, la época conocida como Dyōmon en la historia cultural japonesa manifestó elementos de un fuerte desarrollo frente al de otras culturas de recolectores y cazadores en cuanto a cerámica, implementos líticos pulidos y una cierta cultura de poblados sedentarios. Las condiciones ecológicas japonesas eran ventajosas en extremo, beneficiadas por un clima templado y de alta precipitación, con abundancia de animales herbívoros en los montes y llanuras, debido a la abundancia de alimentos vegetales, con una riqueza de mariscos y peces en los mares cercanos donde chocan corrientes cálidas y frías y el bullicio de salmones y truchas que desovan en sus ríos en determinadas épocas. Dentro de este ambiente, los antiguos



japoneses, aún siendo pueblos cazadores y recolectores, podían disfrutar de una extraordinaria estabilidad y de una desarrollada cultura. Mientras en el ámbito posglacial del norte de Europa el grado de dependencia de la caza de animales incrementó, en Japón abundaban variedades de hierbas comestibles y tal vez el hombre Dyōmon no simplemente recogió las hierbas que tenía a la mano, sino llevaba acerca de ellas conocimientos sistemáticos, o los cosechó de una manera organizada y planeada; se puede pensar que en esta actividad alcanzó un nivel tan elevado como para aproximarse a la agricultura intensiva. Cabe decir que tenía más inclinación hacia la agricultura que a la caza. En ello también se demostró el carácter especial de la cultura japonesa que se formaría en la época Yayoi.

Influencia de culturas extranjeras

Insistir en que gracias a las ventajosas condiciones ecológicas el nivel cultural en la época de los cazadores fue alto, no nos debe llevar a pensar que sólo por ello surgió en Japón la posibilidad del progreso hacia la civilización. Por ejemplo, los indios del noroeste del continente americano, antes de que llegara el hombre blanco, utilizando los extraordinariamente abundantes recursos de pesca, recolección y caza pudieron alcanzar un alto nivel de vida. A pesar de eso, de ninguna manera podían lograr un elevado nivel de civilización. Más bien, la cultura del blanco se convirtió en instrumento de disolución para sus culturas tradicionales. El medio no explica suficientemente por qué a fines del siglo IV a.C., la cultura de recolectores y cazadores del Japón pudo recibir las influencias de las altas culturas provenientes del continente y, en seguida, progresar a la etapa más desarrollada de la cultura Yayoi.

Desde épocas tempranas la cultura japonesa estaba acostumbrada a recibir las influencias de culturas ajenas, además de desarrollar patrones peculiares. La influencia de la cultura importada no ocurrió por vez primera en la época Yayoi. Ya desde la época Dyōmon (o aún antes) el archipiélago japonés llegó a recibir toda clase de aportes. Por ejemplo, se ha señalado que la cerámica de decoración abundante de la época Dyōmon central tenía elementos circumpacíficos y propios del sur del Pacífico. Además, recientemente se ha señalado la transmisión de la cultura continental en la segunda mitad de la época Dyōmon; *El origen de la cultura japonesa* de Ezaka Terumi muestra ese fenómeno.

En primer lugar, existen pruebas de haberse iniciado el cultivo de raíces vegetales como el camote (*dioscorea*) a mediados de la época Dyōmon. Se decía que la *dioscorea*, originaria de las montañas de la región de Yunan, al sur del río Yang-dse, en algún tiempo había sido traída por seres humanos. Ezaka especuló, por los datos de un hacha de piedra en forma de zapato descubierta en un túmulo de conchas de Kumamoto —que es un implemento lítico

ampliamente difundido desde el norte de Vietnam hasta la región del sur de Yang-dse, y utilizado en el cultivo de la *dioscorea*— que tal vez pudiese haber venido al Japón en la primera mitad del período central de la época Dyōmon, junto con implementos líticos cuneiformes, orejeras en forma de polea y la costumbre de tatuajes, y todo un complejo cultural del cultivo de camotes (*dioscorea* y *colocasia antiquorum*).

Luego surgió la duda de si la brillante cerámica negra pulida de las regiones de Kyushu, que pertenece a la época Dyōmon posterior, no hubiera sido creada bajo la influencia de la cerámica negra de la cultura periférica de Lung Shan, de la provincia china de Dye-dyang. Esto está todavía lejos de comprobarse, pero es lícito suponerlo.

En las épocas Posterior y Tardía de la era Dyōmon, se importaron y cultivaron variedades de calabazas. Estas variedades de calabazas tampoco son originarias de Japón. Sin embargo, en esta época aparecen sus formas en la cerámica y se descubrieron semillas en sitios de capas de turba, lo que comprueba que las calabazas se cultivaron en las proximidades de los poblados. Parece que no sólo la calabaza jícara (*Jyotan*) sino también varias otras variedades fueron cultivadas.

Al introducir tubérculos y variedades de calabazas se transferían también nuevas cerámicas y nuevas costumbres, y será necesario imaginarnos la venida de pequeños grupos de inmigrantes. Sin embargo, sea cual fuere su sentido, no existen pruebas para pensar que hayan existido olas de migración como para cambiar la composición étnica de los japoneses. A pesar de que los inmigrantes hayan traído consigo importantes elementos culturales, puesto que eran una minoría, estaban destinados a ser paulatinamente absorbidos entre los pobladores originales del Japón. No existe ningún inconveniente en postular que esto ocurrió aun en épocas tan tempranas como Dyōmon y Yayoi.

De hecho, si estas consideraciones son correctas, ese patrón se repitió no sólo en la época prehistórica, sino también en la histórica. En el *Kodyiki* y el *Nijon Shogui* se hace relación que después del reino de Ōyūin (a fines del siglo IV) un considerable número de intelectuales y artesanos inmigraron al Japón especialmente desde Paekche para servir en la corte imperial. Es bien sabido que ellos, como introductores de la cultura continental, desempeñaron un papel definitivo para impulsar el progreso de la cultura antigua del Japón, pero estuvieron lejos de constituir una ola migratoria. Según las investigaciones de los historiadores, el número de los inmigrantes que vino al Japón entre el siglo IV y el VII es considerable, y entre los 1 590 clanes de la capital y de las provincias capitalinas incluidos en los *Anales nuevos de clanes y familias seleccionadas*, editado en la época Konin, los clanes que por sus nombres indican un linaje de inmigrantes ocupan 324 o sea casi el 30% (Seki, *Kikadyin*, 1966). Sin embargo entre la población total



del Japón de entonces, que incluía también otras capas, como la de los agricultores, el papel de los de ascendencia continental era muy restringido, y después de mediados del siglo VII sus actividades dejaron de ser sobresalientes; al fin fueron completamente absorbidos entre los japoneses. Caso muy diferente al de las Islas Británicas, en donde las oleadas de conquistadores, desde los “hombres de Beeker” hasta los romanos y los normandos, impusieron su cultura.

La conformación de tipos básicos

Tomando los hechos descritos como condiciones básicas, la cultura japonesa, al entrar a la época histórica, desarrolló características especiales que podemos describir de la manera siguiente:

1. Como explicamos al principio, entre los japoneses de la época prehistórica no surgió una forma de cultura que hiciera aparecer una relación contradictoria del hombre con la naturaleza. Es decir, ya que el hombre siempre se pudo acoger dentro de la naturaleza, y pudo entablar con ella una relación de apoyo, en su cultura posterior los elementos que podrían denominarse como de actitud animista, por lo común ocuparon una posición sobresaliente. Ueyama Shumpei consideró éste el elemento principal de la cultura japonesa (Mesa Redonda: “La fuente de la curiosidad y energía de los japoneses”, *Guendai no esupurii*, núm. 38).

Los antiguos japoneses tenían un relativamente alto grado de dependencia de los alimentos vegetales durante la época Dyōmon; al entrar a la época Yayoi y convertirse en cultivadores de arroz, esta característica se transmutó en naturaleza propia de agricultores. Al mismo tiempo se reforzó, convirtiéndose en el elemento principal que conformó la base de la cultura japonesa. El Japón, después de la época Yayoi, a diferencia con Europa, se ocupó poco en la crianza de animales y su sociedad agrícola subrayó el carácter animista de la cultura.

Este carácter animista no sólo se convirtió en causa principal y determinante en cuanto a las relaciones humanas, los conceptos de la vida, las creencias populares y costumbres de la sociedad agrícola, sino que penetró aun en la cultura de la alta sociedad, conformando la tecnología y especialmente la expresión artística.

Para proporcionar algunos ejemplos sirve el caso de la prosodia de la edad antigua. Como señaló el crítico de arte Ōnishi (*Yuguen to aware*, 1939), en la forma literaria conocido como *waka* se unifican la lírica y el ambiente; la experiencia de la belleza natural se convierte en experiencia artística observable. No existe el concepto de contraposición espiritual entre naturaleza y arte, peculiar de la cultura europea. Más bien se manifiesta el concepto de que la naturaleza es forma artística, y no materia prima o expresión de una autosatisfacción objetivada. El hombre, desde el principio, está en una relación inseparable con la naturaleza, y la naturaleza ex-

presa al hombre.

También dentro del sistema burocrático de la antigüedad se refleja de una manera interesante este elemento básico animista en la cultura japonesa. El sistema de códigos del Japón antiguo se completó, después de la Reforma Taika, con el Yoro Ritsuryo. Estableció los tres ministros bajo el Emperador, unificó el Gran Consejo de Gobierno bajo dirección imperial en la forma china y designó, sujetos a él, los varios ministerios. Sin embargo, en el caso de Japón, se estableció una Oficina para Asuntos Religiosos, que de ninguna manera tenía correspondencia en el sistema chino, como el más alto organismo junto con el Gran Consejo de Gobierno. Este organismo peculiarmente japonés fue creado para el *shan* religioso y mágico imperial y los sacerdotes de la religión shintoísta que se había arraigado profundamente sobre las bases animistas y agrícolas de la antigua cultura japonesa.

De este modo la cultura básica de carácter animista, colorida en extremo por sus peculiaridades campesinas, continuó con una vitalidad extrema como infraestructura frente a la cultura importada después de la edad de Yayoi. Sin haber sufrido —ni una vez— ni destrucción, ni desgarramiento, ni introducciones, determinó también las condiciones para la asimilación de las culturas importadas que continuaban influyendo aun después de haber llegado a la época histórica. De ahí nació el patrón particularmente japonés de la relación entre la cultura tradicional y la importada.

La cultura importada se extendió a un Japón que había ampliado sus necesidades políticas sin mover el fondo de su cultura tradicional. Se convirtió en algo japonés ya que fue absorbido a base de necesidades autónomas y específicas. Al llegar la época de la dinastía Jan, China que había alcanzado la etapa de su consolidación como imperio antiguo, pero aún en el momento en que era capaz de consolidar su control político en los distritos de Lo-lang y Yai-feng en la península coreana, no pudo lograr un impacto similar en el Japón. A pesar de eso se abrió el intercambio entre Japón y la dinastía Jan y la civilización continental se introdujo en forma abundante a Japón.

Ya que existían tales condiciones, la cultura importada y la cultura propia tradicional casi nunca entraron en una relación de tirantez. Por lo común había una coexistencia pacífica, en la cual la cultura importada con mucha tranquilidad se superimpuso a la cultura autóctona. Pero más bien fue la cultura importada la que sufrió los cambios mientras la propia se convirtió en una base incambiable; las formas de convivencia indígena japonesa y las relaciones sociales quedaron exactamente las mismas. Por lo demás los japoneses aceptaron construir capitales como Nara y Kioto, que imitaron la arquitectura de los palacios de la corte y de los templos budistas de la dinastía china, y aplicaban el sistema de avenidas con cruceros en ángulo recto; pero por doquier las parcelas irrigadas y los terrenos baldíos penetraron en estas





ciudades. No existía ninguna clara diferenciación con las regiones de carácter indígena. Así que, aunque la política del sistema *Ritsuryo* se terminara, la religión animista y el chaminista indígena sobrevivió, bien arraigados en las tierras japonesas. Y después de que decayeron las grandes urbes, la comunidad tradicional campesina logró sobrevivir sin cambiar en lo más mínimo.

La relación extraordinaria que vinculaba la cultura propia con la importada proporcionó una serie de características especiales de la cultura japonesa. Los japoneses antiguos, aunque abrieran sus conciencias siempre hacia lo extranjero, en su contenido emocional y en su vida diaria conservaban las condiciones indígenas desde las épocas más remotas. Aunque demostraran una sensibilidad para con la moda, en actitudes superficialmente progresistas, una vez que se penetraba al interior se conservaba un núcleo extremadamente reacio, que no admitía compromisos frente a los cambios y progresos. En fin, sobre la cultura propia campesina, la cultura importada se encimaba, aun sin necesidad de coherencia para poder mantenerse. Así, se introdujo con facilidad, fue imitada y en algunas ocasiones se transformó fácilmente. Si las condiciones eran acogedoras, fue utilizada de la manera que más convenía, y cuando se volvía inútil podía ser abandonada sin remordimiento. Las partes que sí se asimilaban quedaron arraigadas en el suelo japonés.

La cultura importada nunca fue cultura de conquista, sino introducida por decisión autónoma de los japoneses. Todavía más, existía una fuerte tendencia a trasladarla en forma abstracta, haciendo caso omiso de los extranjeros, de las costumbres de sus países originarios y del proceso social e histórico que la había conformado; sus elementos fueron introducidos de una manera idealizada, separados de su contexto original.

El destino de la cultura básica tradicional

Mientras continúa la estructura cultural campesina de la sociedad japonesa, la cultura importada no ejerce acciones destructivas sobre el patrón de la cultura japonesa original. Esta, tal vez porque se acerca a lo natural, tiene posibilidades de continuar todavía por largo tiempo. Esto se debe básicamente al hecho de que es una cultura que no contradice la naturaleza; tal vez tendrá en realidad una vitalidad todavía más perseverante que la cultura europea.

Sin embargo nadie sabe lo que traerá consigo el futuro. Por lo pronto, si en el futuro la cultura japonesa cambiara su patrón tradicional, podemos pensar en las siguientes dos posibilidades:

En primer lugar, existiría el caso de que las acciones destructivas de la cultura importada alcanzaran la infraestructura campesina de la cultura japonesa. Esto podría acontecer cuando —como es el caso de la cultura latina en la conquista normanda, y de la cultura ibérica en la colonización del continente americano— viniera como una cultura de conquista, y para sus propios fines destruyera

irremediablemente la cultura autóctona, al tiempo que creara la posibilidad de producir un mestizaje a gran escala. Cuando ocurrió la difusión de la cultura cristiana en el siglo XVI existían, además, condiciones para cambiar la cultura agredida desde dentro.

En segundo lugar, se puede considerar la posibilidad, —todavía más probable— de que la cultura autóctona llegara a una autotransformación.

Sin duda alguna, la conversión del Japón al capitalismo, desde principios de la época Meidi, dependió grandemente de la cultura campesina tradicional. Sin embargo, había contradicciones básicas entre el capitalismo y el sistema semifeudal de tenencia de la tierra. Por ende ambos pudieron en un principio asociarse, pero a medida que el capitalismo se desarrolló en gran escala, aparecieron profundas grietas en la estructura comunal de la sociedad campesina. La cultura campesina y la comunidad de la aldea empezaron a cambiar en la llamada época de la depresión campesina de las eras Taishō (1912-1925) y Shōwa (a partir de 1926) por la emigración y el flujo demográfico hacia las grandes ciudades. Sin embargo, el contexto de la cultura aldeana, que colocaba por encima de todo el sistema imperial, sujetó esos movimientos y pudo —aun con dificultades— preservar el orden y las costumbres de la aldea tradicional.

No obstante, a finales de la Segunda Guerra Mundial el desarrollo del capitalismo japonés alcanzó una nueva etapa, cuando ya no existía la necesidad de una dependencia excesiva de la agricultura, como en la época Meidi. Además, en las aldeas se experimentó una gran liberación por la reforma agraria, los cambios del sistema judicial y el establecimiento de sistemas de subvenciones. Con esto, se desintegró el sistema cultural dentro de cuyo marco se había llevado a cabo la vida aldeana, por el flujo demográfico a las grandes ciudades, el cambio de los patrones de empleo en las casas campesinas, la transformación capitalista de las empresas agrícolas, el empleo temporal de los campesinos en la industria, y la influencia de los medios de comunicación masiva. Rápidamente el orden comunitario de la aldea empezó a perder fuerza, y junto con ello las creencias, ceremonias y costumbres populares. Estadísticamente se considera que en la actualidad la población agrícola japonesa constituye un veinte por ciento del total. Tal cambio es inaudito en la historia del Japón.

Hasta ahora la sociedad campesina del Japón, y su cultura, habían demostrado solamente una tendencia hacia la “intensificación”. Se había intensificado al progresar de la agricultura incipiente de los recolectores de la época Dyōmon hacia el cultivo de parcelas equitativas y el sistema de latifundios y por la política agrícola de principios de la época premoderna —desde 1600—, la cultura campesina sufrió otra conformación intensiva. La restauración Meidi no constituyó ninguna transformación básica sino más bien organizó la conciencia campesina y logró su control por



medio de nuevos métodos. Sin embargo, en la sociedad de la posguerra se rompe ese proceso de "intensificación" y principian el cambio y la disolución de la sociedad campesina. Pero ¿desaparecerá la cultura naturalista campesina, como cultura propia y al fin se disolverá la comunidad aldeana tradicional?

El meollo del problema está en las bases culturales campesinas y no en la sociedad agrícola. Aun si se deshiciera la comunidad de vida campesina y se cambiara la aldea, eso no quiere decir que sólo por ello cambiaran la cultura y la conciencia campesina. Exactamente de la manera en que la época antigua y medieval europea el carácter originario de pastores contribuyó grandemente en la conformación de un patrón cultural, y continuó como una tendencia propia dentro de la cultura europea aun después de la formación de una sociedad citadina capitalista en la época moderna, así el carácter especial de la cultura campesina animista del Japón da la posibilidad de su supervivencia, aun si tiene que pasar por las convulsiones de una reorganización que la haga utilizable en un alto grado de racionalización. (Ishida Eiichiro, "Futatsu no Sekaikan", *Toseisho* 1965).

En la actualidad podemos atisbar un gran número de aspectos de la cultura propia tradicional dentro de la vida urbana: en los sindicatos, que existen por razón de una organización única paternalista, en vez de ser ligas de clase horizontales; en los organismos de gobiernos regionales, que se solidifican pronto en asambleas de barrio o de simples aldeas; en los partidos políticos, con sus fracciones, que reflejan la existencia de muchos protectores; en los organismos universitarios y burocráticos, que valoran en la estructura vertical de cada departamento u oficina más que la racionalización de las funciones en conjunto; y en las tendencias sociales que administran los organismos más por artificios irracionales y un sinnúmero de juntas de consulta que por un alto grado de liderazgo.

Frente a esto, consideramos que puede haber dos actitudes. Una, la de estar serenamente satisfecho con este patrón cultural japonés. Y otra, la de que se debe destruir positivamente esta característica de la cultura propia, como algo que impide el progreso y la modernización del Japón. No es necesario comentar lo primero, pero si se trata de lograr lo segundo, se requiere un radicalismo extremo, entre otras razones porque no es fácil remover algo que existe desde hace varios milenios y además, el cambio de los sistemas y organismos probablemente no pudiera ser sino superficial; éstos sobrevivirán una vez más con toda tranquilidad, desapercibidos, manipulando los nuevos sistemas y organismos. Tal vez por esta razón el radicalismo japonés, que de vez en cuando emerge, casi siempre muestra formas tan extremistas que lo identifican con la desesperación.

* Este artículo reúne los aspectos centrales de varias conferencias impartidas por el autor, en noviembre de 1971, en la Facultad de Filosofía y Letras, bajo los auspicios de la División de Estudios Superiores y del Centro de Estudios Orientales.